

# Rusia, 1917. La revolución del pensamiento, la cultura y las emociones

*Russia 1917. The Revolution in thought, culture and emotions*

**Olga Novikova**

*Traductora e historiadora especializada en el pensamiento ruso*

## **Resumen**

En el presente artículo se examinan la bolchevización de los distintos grupos de la izquierda rusa tras la Revolución de Octubre, las diversas corrientes ideológicas dentro del partido bolchevique, el debate entendido como «método revolucionario dialéctico» de la construcción de la nueva cultura proletaria, la influencia del pensamiento de A. Bogdánov sobre la revolución cultural y el colectivismo como principio constitutivo de la experimentación política y social en la URSS.

Palabras clave: Bogdanov, bolchevización, colectivismo, relaciones de camaradería, experimentación política y social.

## **Abstract**

*This article examines the Bolshevization of the different groups of the Russian left after the October Revolution, the various ideological trends within the Bolshevik party, the debate understood as the «revolutionary dialectical method» of the construction of the new proletarian culture, the influence of A. Bogdanov's ideas on the cultural revolution and collectivism as a constitutive principle of political and social experimentation in the USSR.*

*Keywords: Bogdanov, Bolshevization, collectivism, comradeship relations, political and social experimentation.*

La república de Lenin, mi juventud,  
la república del sueño dorado,  
como a la Atlántida las olas te han tragado...

*Ilia Selvinsky*  
(poeta soviético nacido en 1899)

Después de tantos años sería ridículo  
tratar de demostrar que todo era bueno.  
Diré otra cosa: muchas cosas eran origina-  
les e interesantes.

*Víctor Shklovsky*  
(escritor, teórico de la literatura y el cine  
nacido en 1893)

Cien años han pasado desde aquel 26 de octubre en que los destacamentos de la Guardia Roja bolchevique atravesaron a todo correr la enorme Plaza del Palacio, abierta a todos los vientos, y tras un breve combate tomaron el palacio de los zares, la sede del gobierno provisional ruso, inaugurando una nueva era. Algunos dicen que el siglo XX no empezó verdaderamente con el cambio del siglo, sino con la Primera Guerra Mundial; otros sostienen que fue la Revolución de Octubre la que inauguró el siglo XX, el cual terminaría con la desaparición del Estado creado por ella, la Unión Soviética. Desde aquel lejano día de octubre, a pesar del tiempo transcurrido, no han cesado los debates acerca de la Revolución de Octubre, prueba irrefutable de que la revolución rusa sigue siendo todavía lo que Jean Jaurès llamó «el fuego de la historia, no sus cenizas».

Jaurès era un revolucionario, por lo que se comprende su simpatía por las revoluciones. Escuchemos, en cambio, a un enemigo de la revolución, Ustriálov, un ruso blanco a quien la Revolución de Octubre le privó de su mundo, el mundo del privile-

gio. Tras la derrota de la «causa blanca», el triunfo revolucionario lo forzó a exiliarse. En el destierro, Ustriálov, que era un pensador político original, reflexionó sobre la naturaleza de la revolución rusa cuestionando las explicaciones habituales. Otros contrarrevolucionarios solían opinar que la Revolución de Octubre no había sido más que una conspiración del judaísmo internacional, un golpe de estado pagado por el dinero del Estado Mayor alemán o, al menos, una revuelta sin sentido llevada a cabo por una plebe bárbara y desdeñable. En cambio, Ustriálov afirmó que Rusia había sido y seguía todavía siendo el escenario de una auténtica gran revolución popular, semejante a la Revolución Francesa de 1789. Por lo tanto, las leyes de otras grandes revoluciones también eran aplicables a la Revolución de Octubre. «La revolución —escribió Ustriálov— lanza un programa hacia el futuro, pero nunca es capaz de plasmarlo plenamente en el presente. Este desafío del futuro es el rasgo característico de las revoluciones [...] La revolución perece, dejando su legado a las generaciones venideras. Desde el momento de su muerte, sus ideas, sus principios comienzan a llevarse a cabo de una forma evolutiva en la historia. Privada de su aguijón, perece, pero el organismo de la humanidad se contamina con la fuerza renovadora de su veneno revitalizante»<sup>[1]</sup>.

La observación de Ustriálov recoge de una forma sugerente la tensión existente entre la visión avanzada del futuro propia de las revoluciones y las condiciones materiales, que son insuficientes para llevar a cabo tal visión. La realización del programa revolucionario es necesariamente incompleta y eso explica por qué en todas las revoluciones no faltan quienes hablan de traición y se sienten frustrados.

1.— Ustriálov, N. «*Patriotica*», *Smena vekh*, Praga, 1921. Existe una publicación online: <http://lib.ru/POLITOLOG/USTRYALOV/patriotica.txt> [Consulta: 14 de octubre de 2017].



Manifestación de mujeres en contra de la guerra durante la revolución de febrero en Petrogrado  
(Foto: autoría desconocida, dominio público).

Sin embargo, las grandes revoluciones también tienen una extraordinaria capacidad para dinamizar la historia, impulsando vertiginosamente el desarrollo social y económico y provocando una auténtica explosión de creatividad popular. Las revoluciones provocan una intensa apertura intelectual y cambian radicalmente el horizonte cultural. Además, las ideas revolucionarias que no pudieron cumplirse plenamente en su patria no desaparecen, sino que siguen viviendo en la conciencia colectiva de la humanidad hasta que son recogidas por otros pueblos.

Es cierto que tanto la Revolución Francesa de 1789 como la Revolución de Octubre tuvieron también un lado oscuro: el terror. Esta semejanza no es casual, ya que los bolcheviques rusos no sólo se veían a sí mismos como los herederos de los jacobinos o de los miembros de la Comuna de París, sino que estudiaban las leyes y las

prácticas políticas de las revoluciones francesas para redactar sus propias disposiciones legales y tomar decisiones políticas<sup>[2]</sup>. Las causas, el funcionamiento y los efectos del terror en ambas revoluciones han sido estudiados en el excelente libro del historiador estadounidense Arno Mayer<sup>[3]</sup>. En cuanto al debate moral sobre el terror revolucionario, los argumentos de los detractores y defensores de las revoluciones no han cambiado demasiado desde la época napoleónica. Ya en los escritos de la célebre escritora Madame de Staël sobre la Revolución Francesa se encuentra toda la batería

2.- El tema es muy amplio y está todavía poco investigado, pero existen dos recientes monografías al respecto. Véanse: Tamara Kondratieva, *Bolsheviks et Jacobins. Itinéraire des analogies*, Paris, Payot, 1989; A. V. Gordon, *Vlast i revoliutsiia: sovetskaia istoriografiia Velikoi Frantsuzskoi revoliutsiia. 1918-1941*, Saratov, Nauchnaia kniga, 2005.

3.- Arno J. Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, New Jersey, Princeton University Press, 2000.

de los argumentos a favor y en contra de las revoluciones<sup>[4]</sup>.

El presente ensayo se propone esbozar una faceta pocas veces analizada del Octubre ruso de 1917: la revolución del pensamiento, el multitudinario experimento social, político y cultural y la creación de nuevas sensibilidades, nuevas formas de articular las emociones políticas.

Pero antes que nada hay que mencionar brevemente las diferencias entre las tradiciones de la izquierda rusa y la española.

La izquierda española siguió el modelo muy próximo al de la izquierda francesa, mientras que la rusa se inspiró en el modelo alemán<sup>[5]</sup>. En España el movimiento obrero se originó en torno a los sindicatos y las teorías del anarcosindicalismo, que gozaron de una gran aceptación; en cambio, en Rusia la fuerza organizadora fue el partido socialdemócrata, y al igual que en Alemania los sindicatos se crearon bajo los auspicios del partido. A principios del siglo XX el proletariado era poco numeroso en Rusia, pero el grado de su concentración era muy alto. Por dar un ejemplo: en la fábrica de Putílov de Petrogrado, la cuna del movimiento obrero ruso, trabajaban más de cuarenta mil obreros. Las fábricas de Siberia, las refinerías de petróleo del Cáucaso y las industrias textiles de Ivánovo o de Lodz también empleaban decenas de miles de personas. El trabajo fabril estaba muy mecanizado, mientras que la producción artesanal era casi inexistente. Estos rasgos de la estructura laboral, como se verá más adelante, tuvieron una gran importancia en el desarrollo de la revolución del pensamiento en Rusia.

4.- Madame de Staël, *Considérations sur les principaux événements de la Révolution Française*. Paris, Delaunay Libraire, 1818.

5.- Véase más sobre ello: Donald Sasson, *One Hundred Years of Socialism. The West European Left in the Twentieth Century*, London, FontanaPress, Harper Collins Publishers, 1997.

A principios del siglo XX los pensadores económicos del zarismo aplicaron el mismo modelo que hoy en día emplean los «tigres» asiáticos: modernizar el país mediante una gran afluencia de capital extranjero y nacional. En el cometido de hacer de Rusia un país atractivo para los inversores extranjeros y nacionales, la solución fue la misma que la de los tigres asiáticos: abaratar el trabajo y degradar las condiciones de los trabajadores. Los salarios eran bajos, la jornada laboral larga (entre 12 y 16 horas), los sindicatos y otras organizaciones obreras estaban prohibidos y cualquier tipo de protesta era duramente reprimida. En estas condiciones, el partido socialdemócrata ruso se vio forzado a actuar en la ilegalidad y la clandestinidad, organizando círculos de obreros y reuniones secretas, creando cajas de resistencia y agrupaciones sindicales, convocando huelgas y protestas, publicando periódicos y revistas y desarrollando actividades educativas. El partido socialdemócrata era pequeño en cuanto al número de sus afiliados, como pasa siempre con los partidos que están obligados a trabajar en condiciones de ilegalidad: clandestinidad y partido de masas son términos antónimos.

Los socialdemócratas (SD) controlaban el movimiento obrero en las grandes industrias, mientras que los socialistas no marxistas, es decir, los socialistas revolucionarios (SR), que defendían la «vía rusa» al socialismo, eran populares en el campo. Rusia seguía siendo un país principalmente agrícola, y los SR seguían creyendo que los campesinos podrían construir el socialismo a partir de sus antiguas instituciones colectivistas. De esta manera, Rusia evitaría la fase capitalista del desarrollo, pasando directamente del capitalismo al socialismo campesino. Los SR parecían no darse cuenta de que el capitalismo ya estaba presente en su país.

En el territorio de Ucrania, donde la po-



blación se componía de campesinos más ricos que en Rusia gracias a un clima más cálido y a la extraordinaria riqueza de las tierras negras, y cuyas ciudades contaban con un gran número de pequeños artesanos, actuaban los anarquistas. Pero el movimiento anarquista estaba dividido en múltiples tendencias<sup>[6]</sup> y carecía de «trabajadores ideológicos», según el testimonio de los propios anarquistas<sup>[7]</sup>.

A partir de 1903 el partido socialdemócrata se dividió en dos grupos, los bolcheviques y los mencheviques. Entre los bolcheviques figuraban Lenin, Bujarin, Zinóviev, Bogdánov y Stalin. Por su parte, Plejánov, Márto, Dan, Abramowitsch y Trotsky eran los grandes nombres de la tendencia menchevique. Simplificando mucho, se podría decir que los mencheviques estaban cercanos a la corriente reformista del partido socialdemócrata alemán, mientras que los bolcheviques eran comparables a su ala izquierdista. Las proximidades ideológicas se manifestaban también en amistades personales. El dirigente bolchevique Vladímir Lenin y su mujer Nadezhda Krupskaya eran amigos íntimos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, líderes alemanes que tenían profundas conexiones en Rusia<sup>[8]</sup>. Los mencheviques Yuli Márto y Fiódor Dan tenían relaciones estrechas con los socialistas moderados Otto Bauer, Rudolf Hilferding y Alexander Stein<sup>[9]</sup>.

A pesar de que entre los bolcheviques

y los mencheviques existían divergencias ideológicas importantes y de que sus dirigentes mantenían una dura polémica, las bases de ambas tendencias frecuentemente colaboraron antes de la caída del zarismo. Tras la Revolución de Octubre, y especialmente después del estallido de la revolución en Alemania en 1918, se produjo un gran flujo de socialistas de otras tendencias hacia el partido bolchevique. Vladímir Lichtenstad (Mazín), que había sido un miembro destacado del partido socialrevolucionario y luego fue menchevique, escribió en 1918:

«¡Revolución en Alemania! [...] ¿Quién se atreverá ahora a afirmar que el bolchevismo no ha tenido influencia sobre esta revolución y, además, una influencia considerable? ¿Quién puede seguir siendo inflexible, seguir siendo un pedante ciego y sordo, seguir repitiendo el cuento de que la revolución social es imposible, de que los bolcheviques emprendieron una aventura irresponsable? (vaya una aventura, que se extiende desde los Urales hacia el Rhin). Para mí el Rubicón está cruzado: yo soy bolchevique. Un bolchevique roto, es verdad, porque no puedo olvidar mi lucha contra el bolchevismo, no puedo perdonármela»<sup>[10]</sup>.

Vladímir Lichtenstad, que tomó el nombre de Mazín en honor a un amigo revolucionario que había sido asesinado por los «blancos», fue uno de los primeros dirigentes de la Comintern y pereció durante la defensa de Petrogrado en 1919. El escritor Victor Serge, quien fue primero anarquista,

6.- Véase Judolei, «Anarjicheskie techeniia nakanune 1917 goda»; Otverzhenyi N., «Glavnye techeniia v anarjicheskoi literature XX veka»: *Mijailu Bakuninu. 1876-1926*, Moscú, Golos truda, 1926, p. 317-326, 327-340.

7.- Véase Anatolii Gorélik, *Anarjisty v russkoi revoliutsii*, Buenos Aires, Izdanie rabochei isdatelskoi gruppy v respublike Argentine, 1922, p. 12.

8.- Véase Elizaveta Drabkina, *Chernye sujari*, Moscú, Judózhestvennaia literatura, 1970.

9.- Véase André Liebich, *From the Other Shore: Russian Social Democracy after 1921*, Cambridge, Mass & London, Harvard University Press, 1987.

10.- La carta de Vladímir Osipovich Lichtenstad (alias Mazín) a su mujer María Tushinskaia, fechada el 10 de noviembre de 1918, es citada en: «N.K. Guerasimov & Margolis A.D. (eds.), «K tebe i o tebe moie poslednee slovo. Pis'ma V. O. Lichtenstadta k M.M. Tushinskoi», *Minúvshee. Istoricheskii almonaj*, V. 20, Moscú-San Petersburgo, 1996, p. 157.

después bolchevique y más tarde trotskista, le dedicaría unas líneas llenas de admiración en sus memorias, escritas un cuarto de siglo después de los acontecimientos<sup>[11]</sup>.

11.– Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire, 1905-1945*, Édition préparée par Jean Rièrre, Québec, Lux Éditeur, 2010, p. 108. Serge contó en sus memorias haber conocido a Lichtestadt-Mazin en el Instituto Smolny, la sede de la Revolución, en un ambiente marcado por el entusiasmo y la extrema pobreza (Petrogrado vivía el largo asedio de las fuerzas blancas y la ciudad sufría de una gran escasez de víveres, gasolina, leña para la calefacción, ropa y productos industriales). Todos, sin excluir a los prominentes miembros del partido bolchevique, sobrevivían con una ración de hambre. «Mazin vestía un viejo uniforme azul que tenía agujeros en los codos, luciendo una barba de tres días, los ojos enmarcados en unas viejas gafas de metal, el rostro alargado, la frente alta y el color de cutis terroso de los que padecen hambre [...]. Fuimos amigos en los momentos de zozobra, duda y confianza, pasamos juntos períodos de trabajo agobiante en los que escrutábamos los problemas de la autoridad, el terror, la centralización, el marxismo y la herejía. Los dos teníamos una inclinación por la herejía; yo comenzaba a iniciarme en el marxismo; Mazin había llegado al marxismo por otros caminos personales que habían atravesado la prisión de más estricta seguridad. [...] Adolescente en 1905, durante la jornada roja del 22 de enero, él había visto las calles de San Petersburgo inundadas de la sangre de los obreros que habían ido a presentar una petición colectiva al zar, y decidió enseguida, mientras los látigos de los cosacos dispersaban la multitud, aprender la química de los explosivos. Convertido con gran rapidez en uno de los «químicos» del grupo SR maximalista que deseaba una revolución socialista «total», Vladímir Óssipovich Lichtentadt, hijo de una buena familia de la burguesía liberal, fabricó las bombas con las que tres de sus camaradas, vestidos de oficiales, se presentaron el 12 de agosto de 1906 a la gala del presidente del Consejo Stolypin, y que hicieron estallar junto consigo mismos, volando por los aires la residencia de Stolypin. [...] Lichtentadt fue condenado a muerte y después indultado, pasando diez años en la cárcel más terrible, la fortaleza de Schlössenberg, donde con frecuencia compartió celda con el bolchevique georgiano Sergo Ordjonikidze, quien llegaría a ser uno de los organizadores de la industrialización soviética. En la celda de la prisión, Lichtentadt escribió una obra científica, que sería publicada después (*Goethe y la filosofía de la naturaleza*) y estudió a Marx. Una mañana de marzo de 1917, los presos de Schlössenberg fueron reunidos en el corazón de la fortaleza por sus guardianes fuertemente armados; creyeron que les iban a masacrar allí mismo [...], pero la multitud forzó las puertas [...]. Lichtentadt salió de la cárcel para asumir este mismo día, junto con el anar-

El proceso de bolchevización de los militantes de otros partidos es poco conocido y estudiado. Por ello, vale la pena prestar atención al testimonio de otro menchevique, Vladímir Altshúller, que había participado muy activamente en la primera revolución rusa de 1905 y que en 1920 se separó de sus antiguos camaradas para ponerse del lado de los bolcheviques (aunque no se afilió al partido). Su hijo, el conocido periodista Serguéi V. Altshúller, recordaba el testimonio de su padre en sus memorias:

«Antes de la Revolución mi padre había sido menchevique, pero en 1920 tomó una decisión basada en sus principios ideológicos, una decisión que, una vez tomada, se mantendría vigente durante toda su vida. Así la explicaba él: 'Yo creí en Lenin'. Después de haber tomado esta decisión, mi padre comenzó a trabajar en los organismos soviéticos, lo que le supuso, como recordaría después, importantes conflictos y rupturas con algunas personas de las que había estado cerca ideológicamente. [...] Entre sus amistades figuraba la activista menchevique conocida por el pseudónimo revolucionario de Vera Bakínskaia, y cuyo verdadero nombre desconozco. En 1905 mi padre había colaborado frecuentemente con ella en las tareas revolucionarias. [...] Posteriormente ella empezó a luchar activamente contra el poder soviético. Una vez, al principio de los años 1920, mi padre volvió a casa y nos contó que se había cruzado en la calle con Bakínskaia. Ella le dijo que nunca más le estrecharía la mano porque que él

quista Iustin Luk, la administración de la ciudad de Schlössenberg [...]. Marxista, su apego a la democracia le acercó primero a los mencheviques, para más tarde ingresar en el partido bolchevique a fin de unirse a los más activos, los más creativos y los más amenazados. Tenía muchos libros por escribir en su mente, un alma de científico, un candor infantil frente al mal y pocas necesidades materiales», (cita en pp. 108-109).

trabajaba con los bolcheviques. Su actitud era totalmente intransigente»<sup>[12]</sup>.

Entre los años 1918 y 1922 también los anarquistas y los socialistas revolucionarios se pasaron en masa al bando bolchevique<sup>[13]</sup>. Según el testimonio del anarquista Anatolii Gorélik (escrito en el exilio argentino), «muchos anarquistas se habían enrolado en el Ejército Rojo y continuaban allí; en su mayoría estos compañeros se perdieron para el movimiento anarquista»; «la mayoría de los anarquistas, embelesados por la demagogia de los bolcheviques, les habían creído, identificando el golpe político bolchevique con la revolución social», «muchos anarquistas entraron en el partido bolchevique y ocuparon puestos de responsabilidad»<sup>[14]</sup>. Otra anarquista, Nadezhda Ulanóvskaia, que optó por la «bolchevización» confirmaba la opinión de Gorélik, diciendo en sus memorias que «la mayoría de los anarquistas se habían hecho bolcheviques, tanto los que entraron en el partido como los que no lo hicieron»<sup>[15]</sup>. Se-

gún su estimación, cientos de anarquistas siguieron luchando contra el bolchevismo en la década de 1920, pero una mayoría abrumadora —decenas de miles— lo apoyaron y se integraron en el sistema soviético.

Hasta mediados de la década de 1930 un número considerable de los antiguos anarquistas y socialistas revolucionarios todavía continuaba formando parte del ejército, la GPU-NKVD y los servicios de inteligencia soviéticos. Probablemente la razón de su afluencia hacia estas instituciones era la preparación militar que habían recibido los activistas de estos partidos en la época anterior a la Revolución. En cambio, los antiguos mencheviques, muchos de los cuales habían ejercido profesiones intelectuales durante la época zarista, siguieron trabajando tras la Revolución de Octubre como jueces, fiscales, profesores, directores de museos, ingenieros, etc.<sup>[16]</sup>. Naturalmente, hubo excepciones a esta tendencia. Por ejemplo, el líder de un antiguo grupo anarquista, I. Grossman-Roschin, se hizo célebre como crítico literario, y el antiguo SR y emisario del Gobierno Provisional Víctor Shklovsky fue uno de los creadores de la famosa «teoría rusa» del formalismo en el lenguaje poético y del cine. Ambos perso-

12.- S. V Altshüller, «Nachalo puti. Semii, liudi, vremia. Vospominaniia», *Sem iskusstv*, 2, 39 (2013). <http://7iskusstv.com/2013/Nomer2/Altshuler1.php> [Consultado el 16 de octubre de 2017].

13.- Véase G. Guimpelson, «Put k odnopartiinoi diktature», *Otechestvennaia istoriia*, 4-5 (1994), pp. 94-110.

14.- Anatolii Gorélik, *Anarjisty v russkoi revoliutsii*, Buenos Aires, Izdanie rabochei isdatelskoi gruppy v respublike Argentine, 1922, p. 16, 17, 18. En las pp. 18-19 Gorélik publicó una pequeña lista de célebres anarquistas rusos convertidos al bolchevismo.

15.- Véase Nadezhda Ulanóvskaia, *Istoriia odnoi semii*, San Petersburgo, Inapress, 2003, p. 83. Cabe recordar, por ejemplo, que el principal consejero militar soviético durante los años 1936 y 1937 en España fue Vladímir Górev, quien había militado en el anarquismo. Górev era un oficial de alta graduación del Ejército Rojo destinado en el servicio de contraespionaje. Sus compañeros Alexánder Ulanovski y Nadezhda Ulanóvskaia, también antiguos anarquistas, formaban parte de los servicios de inteligencia soviéticos. En sus memorias, citadas arriba, Ulanóvskaia mencionaba a otros anarquistas que trabajaron con él en los servicios de inteligencia o en el ejército. Ulanóvskaia se había

pasado a la disidencia en la época en que escribió estas memorias, las cuales no estaban destinadas a ser publicadas en la URSS, hecho que permite excluir la presión de la ideología oficial en sus juicios.

16.- La lista podría ser larga, así que citaremos sólo algunos nombres a modo de ejemplo: Liúbov Gurévich, feminista y antigua activista menchevique, fue profesora de filosofía en el elitista Instituto de Profesores Rojos, la cuna de los teóricos del partido; Abram Deborin, otro menchevique, también trabajó allí y participó activamente en proyectos editoriales, como la publicación del primer volumen de análisis del nazismo alemán y una serie de traducciones de filósofos europeos; Andréi Vyshinski fue el fiscal de los siniestros Procesos de Moscú; Vladímir Altshüller trabajó en el Consejo de los Comisarios del Pueblo; Yuri Stéklov fue historiador de movimientos revolucionarios; Iván Maisky fue el embajador de la URSS en la Gran Bretaña.

najes fueron fieles al ideal comunista hasta su muerte<sup>[17]</sup>. Por otra parte, algunos mencheviques trabajaron en el Ejército Rojo o en los servicios secretos.

Tras la Revolución de Octubre el partido bolchevique intentó proyectar una imagen de unidad ideológica monolítica sin fisura alguna, pero en realidad estaba compuesto por diferentes familias de la izquierda, diferentes grupos con lealtades ideológicas y personales distintas. No se trataba solamente de los antiguos mencheviques, SR y anarquistas que ahora formaban parte del partido, sino también de sectores de la vieja guardia bolchevique: los «comunistas de izquierdas» de Alexánder Bogdánov (el grupo Adelante), la Oposición de Izquierdas de Grigori Zinóviev y Lev Kaménev, la derecha comunista de Nikolái Bujarin y Alexéi Rykov y el grupo centrista de José Stalin, constituido durante la guerra civil rusa... A principios de la década de 1920 todos estos hombres entrarían en conflicto con otro grupo poderoso dentro del partido bolchevique: el del antiguo menchevique Trotsky y sus seguidores, que habían ingresado en el partido bolchevique en julio de 1917, sólo tres meses antes de la Revolución de Octubre, pero que durante la toma del poder en Petrogrado y la guerra civil desempeñaron trabajos de gran responsabilidad y ascendieron espectacularmente.

El triunfo de los bolcheviques en la sangrienta guerra civil rusa contra un enemigo más cualificado militarmente, mejor equipado y apoyado financieramente por las principales potencias extranjeras y por las tropas de ocupación de la Entente formada por Austria, Alemania y Japón, fue posible

gracias a su capacidad para atraer a su lado a amplios sectores de la población del antiguo imperio ruso, desde los campesinos hasta los artistas, desde los rusos hasta las etnias perseguidas durante el zarismo.

Tras la victoria, el país se embarcó en lo que un periodista estadounidense llamó «el experimento económico y la aventura social más grandes de la historia del mundo»<sup>[18]</sup>. «En unas pocas décadas habrá un nuevo mundo, nuevos hombres y nuevas costumbres», declaraba el *ABC del Comunismo*, un libro que explicaba el programa del partido bolchevique a la población. Desde la Revolución Francesa ninguna otra nación europea se había impuesto una tarea comparable.

La URSS se convertía en un gigantesco laboratorio en el que se experimentaban nuevas políticas y nuevas formas de vida, se probaban los sueños que habían captado la imaginación y la mente de la izquierda revolucionaria rusa y europea durante más de un siglo. El triunfo definitivo del comunismo, decían los autores del *ABC del Comunismo*, sólo era posible a nivel mundial, ya que todas las economías eran interdependientes y, por lo tanto, la URSS no podría aislarse completamente del mundo capitalista. Pero hasta que la revolución venciera en otros países, «la misión del proletariado ruso era hacer todo lo posible para la transformación en la línea del comunismo», y tanto sus victorias como sus errores tendrían un significado extraordinario para el movimiento obrero mundial, mostrándole el camino<sup>[19]</sup>.

La Primera Guerra Mundial infringió al

17.- Citaremos un libro de este crítico hoy olvidado: Grossman-Roschin, I. *Judozhnik i epoja*, Moscú / Leningrado, Gosudarstvennoe izdatelstvo, 1928. En cambio, los libros de Shklovski siguen siendo reeditados y traducidos; por ejemplo, Victor Shklovsky, *Gamburgskii schet: statii, vospominaniia, esse*, Moscú, Sovetskii pisatel, 1990.

18.- Harold Stearns escribió estas líneas en 1919 en *Dial*, citado por Peter Filene, *Americans and the Soviet Experiment. 1917-1933*, Cambridge Mass, Harvard University Press, 1967, p. 131.

19.- Nikolái Bujarin y Evgenii Preobrazhenskii, *The ABC of Communism*, Translated from Russian by Edan and Cedar Paul, England, The Merlin Press, 2006, p. 165.



movimiento socialista europeo un enorme trauma, provocando la ruptura de la gran familia agrupada en la Segunda Internacional (a pesar del acuerdo internacional de la Internacional en el sentido de impedir la guerra en Europa, en agosto de 1914 el primer partido en votar en favor de los presupuestos de guerra fue el socialdemócrata alemán, seguido por otros partidos nacionales; el único partido que se opuso categóricamente a la guerra fue el bolchevique). La ruptura de la unidad socialista europea, con la consiguiente pérdida de los logros alcanzados tras medio siglo de luchas, obsesionó a los pensadores comunistas.

Alexander Bogdánov (Malinovsky, 1873-1928), uno de los más originales y profundos pensadores bolcheviques, creía que la causa del fracaso había sido la adherencia de los obreros a la cultura burguesa y, en particular, a su valor fundacional: el individualismo, junto con sus diferentes manifestaciones como el nacionalismo (egoísmo nacional), la competencia (entre individuos, clases y naciones), etc. Esta cruel experiencia demostraba que, sin su propia cultura, sin una nueva visión de las cosas, «no era el proletario el que se apoderaba de la cultura del pasado, sino que ésta se apoderaba de él, como material humano, para alcanzar sus objetivos»<sup>[20]</sup>. La conclusión de Bogdánov era la necesidad urgente de luchar por la creación de una nueva cultura, la cultura del proletariado. La existencia de esa nueva cultura era tan necesaria para el éxito de la transformación revolucionaria como la lucha política y económica. La cultura, decía Bogdánov, es la expresión concentrada de la ideología de la clase social; es una forma de organización de la vida de clase, una forma de unión y consolidación de fuerzas de clase. La cultura de una nueva clase siem-



Alexander Bogdanov en 1904 (Foto: autoría desconocida, dominio público).

pre se caracteriza por una nueva visión, por la creación de nuevas sensibilidades, una nueva educación. La cultura cristaliza y organiza la creatividad de la clase social.

Los bolcheviques creían firmemente en el poder creativo de la organización. De hecho, aun antes de la Revolución de Octubre dos importantes teóricos de lo que entonces era el ala de la izquierda revolucionaria del movimiento socialdemócrata internacional, Lenin y Rosa Luxemburgo, expresaron sus divergencias en cuanto al papel de la organización. Rosa Luxemburgo creía que la futura revolución sería una explosión espontánea de los trabajadores, mientras que Lenin estaba convencido de que la revolución era un arte, como dijo Marx, y como tal requería un intenso trabajo, una larga preparación y organización.

20.- Alexander Bogdanov, *O proletarskoi kulture*. 1904-1924, Leningrado, Moscú, Izdatelskoe tovarishevstvo «Kniga», 1924, p. 145.

Bogdánov, pensador de gran influencia<sup>[21]</sup>, sostenía que «la construcción del socialismo implica llevar a cabo un trabajo organizativo de una profundidad y amplitud que nunca antes había realizado ninguna otra clase»<sup>[22]</sup>. Se trataba de crear no solamente una nueva política o sistema económico, sino también una nueva moral, un nuevo derecho, un nuevo arte y una nueva ciencia, organizar una nueva existencia (*byt*). La creatividad, pensaban los bolcheviques, tiene un carácter social y no individual, porque se basa en la superación de la experiencia colectiva acumulada.

«La creatividad —escribía Bogdánov— es una variedad más complicada y superior del trabajo. Por lo tanto, sus métodos se basan en los métodos del trabajo de la clase»<sup>[23]</sup>. «Los métodos de la creatividad proletaria se basan en los métodos del trabajo proletario, es decir, el tipo del trabajo característico de los obreros de la gran industria moderna»<sup>[24]</sup>. Basándose en el carácter del trabajo del proletariado ruso, que ya han sido mencionados en el inicio de este artículo (gran concentración de trabajadores, alto nivel de mecanización), Bogdánov afirmaba que el trabajo proletario moderno reunía los elementos del trabajo físico (el esfuerzo muscular para poner en marcha las máquinas) y del trabajo intelectual (la atención, la concentración, la iniciativa, la comprensión, los conocimientos técnicos y todas las habilidades necesarias para hacer que las máquinas funcionaran correctamente), del organizador («de los esclavos de metal») y del ejecutor del trabajo. La

concentración del trabajo en la producción masiva conllevaba la cooperación colectiva y el acercamiento de diferentes especializaciones; el mismo obrero podía gestionar diferentes máquinas, en las que se concentraban diferentes especializaciones del antiguo trabajo artesanal. La homogeneidad objetiva y subjetiva del trabajo, la necesidad de la cooperación colectiva creaban un nuevo tipo de relaciones de trabajo, un trabajo colectivista.

Si en el modelo autoritario del trabajo había un organizador y un ejecutor, uno que daba las ordenes y otro que las cumplía, en el modelo colectivista funcionaba el tipo de relación de camaradería, basado «en la comprensión, la compenetración y compasión mutuas, la intención de actuar colectivamente». Esta relación de camaradería, propia del trabajo proletario, «se extendía, superando los límites de la fábrica y de la profesión, a la clase obrera a escala nacional y después internacional.

Por primera vez empezaba a percibirse la tarea colectiva, el colectivismo de la humanidad en la lucha contra las fuerzas ciegas de la naturaleza»<sup>[25]</sup>. Sólo el proletariado, creía Bogdánov, era capaz de alcanzar el antiguo propósito de la humanidad de abolir las separaciones de clase, nación o religión entre los seres humanos, de alcanzar una auténtica fraternidad. Y sólo, tras conseguir esta tarea, la humanidad podría superar a sus antiguos enemigos, las enfermedades y la pobreza, permitiendo a cada persona alcanzar un pleno desarrollo tanto físico como espiritual.

Esta nueva cultura se extendía no solamente en el espacio, configurando el internacionalismo como filosofía de vida, sino también en el tiempo, descendiendo a las profundidades de la historia y enviando señales al futuro:

21.— Véase J. Biggart, «Bukharin, kulturnaia revoliutsiia i istoki stalinizma», *Otechestvennaia istoriia*, 2 (1994), p. 90-104.

22.— Alexander Bogdánov, *O proletarskoi kulture. 1904-1924*, Leningrado, Moscú, Izdatelskoe tovarishevstvo «Kniga», 1924, p. 213.

23.— *ibid.*, p. 192.

24.— *ibid.*, p. 194.

25.— *ibid.*, p. 195.

«Camaradas, hay que comprender que no sólo vivimos en el colectivo del presente, vivimos en la cooperación de las generaciones. No se trata de la cooperación entre las clases, sino de algo totalmente diferente. Todos nuestros trabajadores, todos los combatientes del progreso de las épocas pasadas son nuestros camaradas, sin importarnos a qué clase social han pertenecido. ¿Por qué luchamos contra las clases burguesas del presente? Porque nos impiden continuar la causa de la historia que hemos recibido como un relevo de la burguesía revolucionaria del pasado. Son ellos los que traicionan a sus antepasados. Aquellos avanzaban, luchando heroicamente contra las fuerzas ciegas de la historia, mientras éstos dicen: no queremos seguir avanzando, mejor retroceder. Nosotros continuamos la ofensiva de aquellos regimientos desaparecidos y decimos a la burguesía: ustedes visten sus uniformes, pero no son combatientes como aquéllos, ustedes se han entregado al enemigo, a las fuerzas oscuras del reino de la historia y por eso luchamos contra ustedes. Aquellos combatientes son los nuestros, aunque nuestras armas sean distintas y avancemos con una marcha diferente, pero luchamos por la misma causa común, por nuestra causa, la lucha de lo vivo contra lo muerto»<sup>[26]</sup>.

Para terminar este brevísimo resumen de las ideas de la cultura proletaria citaremos una última observación de Bogdánov sobre la naturaleza de lo colectivo, ya que estas ideas constituyeron la base sobre la cual se edificaba la política soviética y la construcción de la nueva sociedad. «Es absurdo pensar —sostenía Bogdánov— que el colectivismo no tiene necesidad de la independencia personal. En la colectividad cada uno completa a los demás, éste es su papel.

26.- *ibid.*, p. 122-123.

Pero uno sólo puede completar a otros en la medida en que se diferencia de los otros, en la medida en que es original, independiente, lleno de iniciativa. Está claro que el significado de esta independencia no es la defensa de los intereses personales, sino el desarrollo general de los talentos individuales, la capacidad de mostrar iniciativa, de ser crítico, de ser original»<sup>[27]</sup>.

Otros intelectuales bolcheviques compartían esta visión de la cultura de la izquierda. Uno de los más antiguos miembros de la vieja guardia bolchevique, Alexánder Lozovsky, subrayaba en su polémica con los anarquistas franceses que «la revolución es el resultado de una grandiosa creatividad colectiva de las masas»<sup>[28]</sup>. Los autores del *ABC del comunismo* afirmaban que la sociedad del futuro sería «la sociedad de camaradas, una sociedad basada en el trabajo, una sociedad sin clases en la que se organiza la producción»<sup>[29]</sup>. Sobre esta base estaban basados los experimentos sociales y políticos soviéticos.

Antes de describir brevemente algunos de estos experimentos que tuvieron éxito en la Unión Soviética, es necesario resumir el método que se empleó para crearlos. Este método tuvo distintos nombres. En la literatura intelectual de la época figura como «método destructivo-constructivo», método de contradicciones dialécticas o, simplemente, método revolucionario dialéctico. El modelo de este método para crear la organización de la nueva cultura era el mismo fenómeno de la revolución, con su carácter vertiginoso y tormentoso, su capa-

27.- *ibid.*, p. 236.

28.- Alexánder Lozovsky, *Anarjo-sindikalism y kommunizm*, (1 ed- 1922), Librokom, 2010, p. 208. Véase más sobre esta polémica en Robert Wohl, *French Communism in the Making, 1914-1924*, Stanford, University Press, 1966.

29.- Nikolái Bujarin y Evgenii Preobrazhenskii, *The ABC of Communism*, Translated from Russian by Edan and Cedar Paul, England, The Merlin Press, 2006, p. 87.

ciudad para destruir y construir, «la fuerza renovadora de su veneno revitalizante» y las nuevas formas dinámicas que empezaban a imaginarse en fuerte oposición a la persistencia de la tradición.

Petr Stuchka, uno de los creadores del nuevo derecho soviético, describió este método de la siguiente manera: «Hemos estudiado suficientemente el curso y la naturaleza de la revolución. Un proceso de destrucción, seguido por otro de creación, más tarde un rechazo despiadado de todo lo que acababa de ser construido, lo cual resultó no ser válido, y de nuevo la construcción. Un observador externo a este proceso podría pensar que se trata de un irracional malgasto de energía. Pero no hay otro camino que lleve a la victoria»<sup>[30]</sup>.

Este método de construcción de la nueva cultura dio lugar a debates encarnizados entre los diferentes grupos del partido y de la *intelligentsia* pro-revolucionaria y a agresivas campañas de crítica (que resultaron muy traumáticas para los criticados). Todo ello con el objetivo de conservar el carácter explosivo y extremadamente dinámico de la generación de nuevas ideas, nuevas formas, nuevas actitudes, y de acelerar la construcción de la nueva cultura, del nuevo mundo y del nuevo hombre. En definitiva, hacer la revolución del pensamiento.

Otro célebre intelectual favorable a la revolución, el teórico de teatro y cine Adrian Piotrovsky, también describió el método del progreso a través del conflicto:

«Una forma nueva no puede hallarse inmediatamente, sino que se conquista mediante duras batallas, a costa de equivocarse. Pero el camino hacia ella es lo que determina la línea general, magistral, del desarrollo artístico de nuestro cine. A lo largo de estas

líneas se sitúan las principales tendencias artísticas que se enfrentan en el cine soviético. Esta lucha es necesariamente encarnizada, porque los diferentes grupos sociales de nuestro país presentan exigencias diversas con respecto a nuestro cine. Esta lucha inevitablemente se vuelve aún más encarnizada a medida que mejora la técnica y aumenta la cultura de los trabajadores del cine y de los espectadores. Todo ello permite formular más claramente las diferentes posturas»<sup>[31]</sup>.

Para que el lector pueda apreciar el grado de implicación de los intelectuales no comunistas, es necesario aclarar que a diferencia de Bogdánov o Stuchka, Piotrovsky no era un antiguo miembro del partido; uña y carne de la antigua *intelligentsia* refinada y próspera, era un representante típico de los intelectuales pro-revolucionarios que «creyeron en Lenin».

Esbozemos ahora, aunque sea brevemente, algunos de los grandiosos experimentos que la Revolución de Octubre hizo posibles.

### A nivel nacional. Democracia soviética

Parece paradójico referirse a la democracia tratándose de la Unión Soviética, donde no existían las formas democráticas que pueden resultar familiares para el lector, como la democracia parlamentaria, la existencia legal de partidos diversos, la libertad de expresión en los grandes medios de comunicación o una cierta moderación en las relaciones sociales y el espíritu de compromiso, es decir, las formas propias de un régimen democrático burgués.

Sin embargo, los comunistas conferían un gran valor a la democracia, apreciando

30.– Petr Stuchka, «Kultura i pravo», *Revoliutsiia prava*, marzo-abril de 1928, p. 17.

31.– Citado por Adrian Piotrovsky, *Teatr. Kino. Zhizn*, Ленинград, Искусство, 1969.



también la forma burguesa de la democracia, como se manifestó durante la etapa de la política de los Frentes Populares, impulsada por la Internacional Comunista entre 1935 y 1939. Pero la democracia burguesa, aunque representara un gran paso adelante, no era suficiente para ellos. La libertad o la democracia no podían existir de verdad, opinaban ellos, sin los otros dos componentes del *motto* de la Revolución Francesa: la igualdad, incluida la igualdad económica o lo que Jean Jaurès llamaba «democracia económica», el acceso de todos a las riquezas creadas por la sociedad; y la fraternidad, el colectivismo social e internacional.

Aunque participaron brevemente en el Parlamento ruso, la Duma, los bolcheviques, al igual que sus homólogos alemanes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, lo hicieron como un ejercicio de propaganda ideológica, pues creían que el verdadero *locus* del poder en las sociedades burguesas no se hallaba en el parlamento y que, desde la conquista del sufragio universal, la burguesía evitaba discutir en el parlamento todas las cuestiones relevantes, como el sistema económico, por ejemplo. Los bolcheviques pretendían crear una sociedad libre y entendían que las restricciones impuestas a la libertad, como la prohibición de la prensa independiente, la detención de los contrarrevolucionarios, etc., representaban un estado transitorio de la defensa de la revolución en unas condiciones de aislamiento internacional y de amenaza por parte del capitalista. La idea de la dictadura del proletariado, como ellos llamaban a este período de restricción de la libertad, se inspiró en las leyes con que las democracias europeas restringieron las libertades constitucionales de los ciudadanos durante la Primera Guerra Mundial.

Otro modelo a seguir para los comunistas, e incluso más importante, era la política seguida por los jacobinos en cir-

cunstancias similares. La importancia de la influencia de las revoluciones francesas sobre la conceptualización de la revolución en Rusia ya se mencionó al inicio de este artículo. No es casual que en la URSS los estudiosos sobre la Revolución Francesa se encontraran no solamente entre los historiadores, sino entre los legisladores. Uno de los creadores del derecho soviético, el viejo bolchevique Yákov Staroselsky, analizó las prácticas de la dictadura jacobina para recordar a sus lectores que un rasgo importante de la dictadura del proletariado era «su carácter temporal, su ‘justificación’ como violencia política reside en el hecho de que su perspectiva sería la desaparición de toda violencia»<sup>[32]</sup>. En estas palabras de Staroselsky se percibe claramente el impacto de la Primera Guerra Mundial. Esta guerra, que junto con la revolución de 1905 y la Revolución de Octubre formó parte de la experiencia vital de la generación revolucionaria, constituyó (muy en el sentido de las ideas de Bogdánov sobre el carácter colectivo acumulado de la experiencia) su fuente de conocimiento sobre la forma de actuar en condiciones bélicas. El lema de la Entente que justificaba «esta guerra para terminar todas las guerras» se transformó en «la violencia política para hacer desaparecer toda violencia».

Según Staroselsky, el concepto de la democracia proletaria socialista estaba basado en la idea de un «movimiento de masas de amplitud nunca vista» en la política y «de una organización puramente popular del poder»<sup>[33]</sup>, en las que las personas tendrían la oportunidad de tomar decisiones políticas y ejecutarlas por sí mismas, y no a través de sus representantes como en la democracia representativa moderna. La

32.- Yákov Staroselsky, *Problemy iakobinskoj diktatury*, Leningrado, Gosizdat, 1930, p. 3.

33.- *Ibid.*, p.3.



Alexandra Kollontai, con delegadas de la Conferencia de Mujeres Comunistas de los Pueblos del Este, celebrada en Moscú en abril de 1921 (Foto: Photochronicles TASS. Fuente: inrussia.com).

Revolución de Octubre y la guerra civil ya fueron el escenario de un movimiento popular de enorme amplitud, pero los bolcheviques comprendían que las clases oprimidas carecían de conocimientos políticos, no conocían las prácticas de la política, desconocían los conceptos de la filosofía política o del derecho que estaban detrás de esas prácticas e incluso ignoraban el lenguaje abstracto de la política.

Bogdánov afirmaba que la nueva cultura tendía al monismo, eliminando las diferencias entre la práctica y la actividad intelectual, la vida y el arte, la ciencia y el arte. La vida debía acercarse al arte y el arte a la vida, y ambas debían impregnarse de la ciencia, de la organización racional. Sobre la base de estos conceptos el partido (el organizador) había creado el modelo que permitía enseñar la política a los oprimidos

(de manera que, conforme a la expresión de Lenin, cada cocinera pudiera gobernar el Estado), a la par que les proporcionaba la experiencia de practicar la política, de ejercer la democracia proletaria. Un buen ejemplo de este enorme experimento social es la emancipación de las mujeres, un colectivo doblemente oprimido, por ser mujeres y por ser proletarias o campesinas.

Las feministas del partido bolchevique crearon una nueva estructura estatal: el Departamento Femenino (Zhenotdel). El objetivo de esta institución era contribuir a la educación política de las mujeres, promoverlas a los órganos del poder y luchar al mismo tiempo contra los prejuicios machistas. Cada tres o seis meses los comités de las fábricas y los sóviets de las aldeas elegían una delegada que llevaba en la cabeza un pañuelo rojo como signo de poder.

Las delegadas eran enviadas a las uniones profesionales o a los órganos del poder soviético, es decir, los juzgados y las oficinas de la administración, donde estudiaban y participaban en la «ciencia del gobierno». Trascurrido el plazo, regresaban junto a sus electoras, debiendo enseñar lo aprendido a las demás obreras o campesinas que habrían de elegir a la siguiente delegada, con lo que el ciclo se repetía. Este método profundamente democrático estaba pensado para garantizar el carácter de masas de la acción política de la que hablaba Staroselsky, así como para permitir el acceso de un colectivo oprimido a la vida política, fusionando la actividad política con la económica (las obreras y las campesinas no se profesionalizaban en la política).

El Zhenotdel también puso en marcha la gigantesca campaña de alfabetización y la educación de las mujeres, a la que accedieron millones de ciudadanas soviéticas. En las repúblicas musulmanas, donde el estatus jurídico de la mujer era el de un objeto de propiedad, el Zhenotdel realizó una enorme labor de concienciación. A pesar de las constantes amenazas y los asesinatos de las activistas, la propaganda por la igualdad de la mujer continuó, y durante las asambleas del Zhenotdel siempre había mujeres que se levantaban tras los discursos, se despojaban públicamente del *burka* o del *hijab* y se pasaban a las filas donde se sentaban «las mujeres emancipadas de Oriente»<sup>[34]</sup>.

Para facilitar a las mujeres el acceso a la democracia y a la igualdad, el primer gobierno bolchevique, pese a las condiciones desfavorables de la guerra civil, la enorme pobreza y la destrucción del tejido industrial y urbano causada por los sucesivos conflictos bélicos, adoptó un paquete de medidas redactado sobre la base de

las discusiones del Primer Congreso de la Mujer Trabajadora (1918). La ley soviética sobre «el matrimonio, la familia y la tutela», que reconocía la igualdad de hombres y mujeres, garantizaba la equiparación de salarios, abolía el matrimonio eclesiástico, legalizaba el aborto, anulaba el estatus de hijo natural, exigía el consentimiento de ambas partes para el matrimonio, introducía el permiso remunerado de maternidad y permitía el divorcio a petición de una de las partes. Según la ley soviética, las mujeres obtenían el derecho no limitado a la educación (anulándose la separación de niños y niñas en las escuelas), al trabajo, al voto y al acceso a los órganos del poder. La «esclavitud doméstica» debía ser superada por la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de niños: guarderías, panaderías, lavanderías, fábricas-cocinas y restaurantes comunales. Ni antes ni después ningún otro gobierno aprobó un programa de reformas tan completo a favor de la mujer.

### A nivel internacional. Política internacional

Se trataba de un campo de especial importancia para la cultura del colectivismo, ya que desde los tiempos de la Primera Internacional se pensaba que a la organización de la burguesía al nivel internacional el proletariado debía responder con la internacionalización de su política. Tras la derrota de la Comuna de París, Marx escribió que «la experiencia del pasado demostró que una actitud negligente hacia la hermandad que debe existir entre los obreros de diferentes países, que debe alentarlos a sostenerse mutuamente en la lucha por su liberación, se penaliza con la derrota general de sus acciones desunidas»<sup>[35]</sup>.

34.- Véase más sobre el tema en Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia*, New Jersey, Princeton University Press, 1978, pp. 317-423.

35.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalizm v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, p.3.

El principio del internacionalismo proletario, las «relaciones de camaradería entre los proletariados de diferentes países», como diría Bogdánov, era una de las bases legales de la política exterior soviética. Hay que puntualizar que, a pesar de la opinión muy extendida, el principio del internacionalismo proletario no implicaba la ayuda *manu militari* a las revoluciones en otros países. Según Lenin, el internacionalismo proletario exigía: «un trabajo abnegado por desarrollar el movimiento y la lucha revolucionarios *en su propio país*, y apoyar (por la propaganda, por la simpatía, por medios materiales) *la misma lucha, la misma línea, e únicamente ella* en todos los países sin excepción alguna»<sup>[36]</sup>.

La interpretación de Lenin es muy parecida a la clásica comprensión de este principio, existente en la Primera y la Segunda Internacional, que consideraba que el más importante apoyo que podía ofrecer un partido socialista nacional a otro en la lucha era hacer propaganda en favor de su causa, proporcionar una asistencia financiera en la medida de lo posible y prestar ayuda humanitaria (envío de alimentos, de medicamentos, acogida de refugiados, etc.). Sin embargo, tras la revolución algunos líderes bolcheviques, en particular Lev Trotsky y Grigori Zinóviev, se pronunciaron a favor de las «guerras napoleónicas» o intervenciones militares de menor envergadura que, al igual que en los tiempos de la Revolución Francesa, pudieran llevar las ideas de la Revolución fuera de las fronteras de su patria. Partidario de estas ideas fue el futuro mariscal Mijail Tujachevski (ejecutado por Stalin en 1937 por supuesta conspiración a favor de Trotsky), pero estos proyectos fueron rechazados por la mayoría del Buró Político al considerarse anti-marxistas, ya

que no se podían exportar las revoluciones, porque no se podía «saltar del segundo mes del embarazo revolucionario al noveno», y también impracticables (tras la guerra civil la URSS era un país azotado por la pobreza, la destrucción de su tejido industrial y urbano y la aparición de epidemias). El tema de la ayuda militar puntual a otros países se discutió con frecuencia en las sesiones del Buró Político del partido bolchevique, que recibía regularmente solicitudes de ayuda militar por parte de diferentes partidos comunistas, las cuales siempre eran rechazadas<sup>[37]</sup>. Hubo excepciones a esta regla: la URSS envió ayuda militar en forma de suministro de armas y envío de consejeros militares a las revoluciones alemana (1918-1923) y china (durante algunos períodos a lo largo de las décadas de 1920 y 1930) y a la República Española (1936-1939). Sin embargo, estos casos fueron puntuales y la toma de decisiones invariablemente difícil.

El campo de la política exterior mostró qué difícil era «el dramático cambio desde las ideas de un partido revolucionario clandestino hacia el realismo político de un gobierno en el poder»<sup>[38]</sup>. En octubre de 1917 los bolcheviques estaban seguros de que estaban en vísperas de la revolución europea que permitiría establecer nuevas relaciones entre las naciones del continente, fundando lo que Engels había llamado «una república proletaria, unida e indivisible»<sup>[39]</sup>. La ausencia (la tardanza, en opinión de los bolcheviques) de las revoluciones en otros países creó una situación totalmente imprevista. Los bolcheviques se enfrentaron al problema de encontrar nuevos principios

36.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalism v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, p.4. El subrayado es de Lenin.

37.- Véase, por ejemplo, *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska. 1912-1927*, Moscú, Rosspen, 1996, p. 205-206.

38.- Citado por I. Gorojov, L. Zamiatin y L. Zemskov, *Chicherin – diplomat leninskoi shkoly*, Moscú, Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973, p. 95.

39.- Citado por Ilya P. Trainin, *SSSR i natsionalnaia problema*, Moscú, Krasnaia nov, 1924, p. 22.



de actuación para el partido revolucionario en una escena internacional dominada por las fuerzas burguesas.

Los bolcheviques veían la URSS como el prototipo de la futura república proletaria mundial y, partiendo de esta idea, crearon los nuevos principios de la política exterior soviética, dirigida a diversos grupos en Occidente. El «derecho de autodefensa», es decir, el deseo de preservar el Estado creado por la Revolución Rusa, fue uno de los principales objetivos de la política soviética. Otro objetivo era el de sentar los fundamentos no sólo de su supervivencia, sino del crecimiento de su riqueza y poderío, ya que la URSS debía mostrar el ejemplo de la aplicación de nuevas formas sociales, políticas y culturales. Por último (exactamente en este orden, según la comprensión leninista del principio del internacionalismo revolucionario), la URSS debía prestar ayuda a los movimientos de liberación, en primer lugar a los partidos comunistas, y en segundo lugar, a los movimientos coloniales y proletarios que desearan colaborar con el bolchevismo, incluyendo asociaciones culturales, sindicatos revolucionarios y los movimientos cooperativos agrícolas.

Estos objetivos permitieron crear una complicada política exterior dirigida a diferentes grupos en Occidente y Oriente. Una parte de la política exterior debía dirigirse necesariamente a los gobiernos burgueses. La URSS estaba interesada en romper el bloqueo, a fin de conseguir los créditos y tecnologías necesarias para vencer la pobreza y reconstituir el tejido industrial. Los dirigentes soviéticos decidieron hacer uso de los foros donde se relacionaban los gobiernos de otros países (como las conferencias internacionales o la Sociedad de las Naciones), no solamente para intentar llegar a acuerdos de cooperación, sino también para promocionar a nivel internacional los principios de la política proletaria:

la propaganda de la paz y de la cooperación nacional, el rechazo de la jerarquía de las naciones, la afirmación del principio de la igualdad de todos los pueblos (especialmente la defensa de los derechos de las naciones pequeñas), el rechazo del colonialismo, el rechazo de la intromisión en los asuntos internos de una nación con el objetivo de «civilizarla» o «democratizarla» (la propaganda de guerra de Alemania durante la Primera Guerra Mundial afirmaba que ese país luchaba contra el «despotismo» de Rusia para liberarla y civilizarla), y la afirmación del derecho de todos los pueblos a decidir su destino por sí mismos. Es decir, los foros burgueses de la política internacional eran vistos como los parlamentos burgueses en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, que los socialistas revolucionarios habían utilizado para hacer propaganda de sus ideas. Lo más importante para los bolcheviques era mantener la paz, objetivo que estaba en el centro de toda la política exterior soviética, pues se trataba de una necesidad práctica: la URSS era frágil y necesitaba la paz para llevar a cabo la transformación revolucionaria. Pero también era parte de la ideología marxista, que creía que mientras el capitalismo necesitaba y creaba las guerras, el socialismo crearía un mundo de paz.

La segunda esfera de la política soviética tenía por objetivo la creación de la «nueva diplomacia», la diplomacia del pueblo, consistente en la comunicación entre organizaciones obreras. En numerosas ocasiones los bolcheviques hicieron el llamamiento directo no hacia los gobiernos de otras naciones, sino hacia sus partidos proletarios, sindicatos, etc. Se trataba de una idea nacida en el fragor de la Primera Guerra Mundial<sup>[40]</sup>. Los bolcheviques veían

40.- Véase más sobre el tema: Arno J. Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*, New Haven, Yale University Press, 1959.

la diplomacia del pueblo como un intento de democratizar la política exterior, promocionando la participación de amplios sectores de la población en su elaboración, lo que correspondía a su concepto de la democracia, como ya se indicó en este artículo. Al igual que Jaurès y Luxemburgo, Lenin pensaba que «la diplomacia de los pueblos» podía ser incluso más eficaz que «la diplomacia de los estados». En uno de sus escritos, el fundador del partido bolchevique afirmaba:

«Tenemos una unión internacional que no está registrada en ninguna parte, no está formalizada, no representa nada desde el punto de vista «del derecho internacional», pero significa todo en el mundo del capitalismo en proceso de degeneración»<sup>[41]</sup>.

La tercera esfera de la política exterior soviética era la dirigida a los partidos comunistas a través de la Internacional Comunista. Alexándér Lozovsky, en su polémica con los anarcosindicalistas franceses, definió claramente la visión soviética del desarrollo de esta política: «Nuestro ideal es la creación de la única Internacional que agrupe al movimiento político, sindical y cooperativo de la clase obrera para reunir en una organización, en un solo puño, toda la energía revolucionaria del proletariado a fin de poder luchar contra la burguesía internacional, una burguesía unida, bien organizada y bien consciente de sus intereses»<sup>[42]</sup>. Esta Internacional tomaría decisiones obligatorias para todas sus organizaciones y utilizaría la fuerza conjunta para conseguir los objetivos en el país con más posibilidades para el movimiento revolucionario, pidiendo a los otros países

que sacrificaran temporalmente, si fuera necesario, sus intereses a la promoción de la causa común.

Para cumplir con algunos de estos objetivos, uno de los primeros actos del poder soviético fue denunciar la existencia de tratados secretos entre las potencias europeas, las cuales se repartían los territorios de otras naciones en zonas de influencia y dividían los mercados y los recursos naturales de países pequeños. Los tratados de este tipo encontrados en la cancillería zarista fueron agrupados en una larga colección titulada «Documentos del imperialismo» con la intención de hacerlos del dominio público. La colección se publicó con una gran tirada entre 1918 y el final de la década de 1920, provocando un gran escándalo en las cancillerías y la prensa del Reino Unido, Francia, Alemania y los Estados Unidos<sup>[43]</sup>. La URSS rescindió además unilateralmente los tratados de corte imperialista concluidos durante la época zarista con Irán, Afganistán, China y otras «naciones oprimidas de Oriente», como parte de su visión de la igualdad de todas las naciones y expresión del internacionalismo proletario<sup>[44]</sup>.

El intercambio de cartas privadas entre el primer responsable de la política exterior soviética Gueorgui Chicherin y Vladímir Lenin deja ver que la política exterior soviética se construía como una antítesis de la política exterior capitalista, y muestra cómo debían ponerse en práctica los diferentes elementos de la política exterior soviética, según la concepción de sus creadores:

41.- Citado por Yuri A. Lvunin, *Internatsionalizm v deistvii*, Moscú, Mysl, 1985, pp. 5-6.

42.- Alexándér Lozovsky, *Anarjo-sindikalizm y kommunizm*, (1 ed.- 1922), Librokom, 2010, pp. 15-16.

43.- Por ejemplo, uno de los volúmenes de esta colección: *Mezhdunarodnaia política noveishego vremeni v dogovoraj, notaj i deklaratsiaij*, Moscú, Litizdat NKID, 1928.

44.- Véase Timothy Edward O'Connor, *Diplomacy and Revolution. G. V. Chicherin and Soviet Foreign Affairs, 1918-1930*, Ames, Iowa State University Press, 1988.

«Debemos introducir algo nuevo en las formas habituales de las relaciones internacionales para impedir que estas formas se conviertan en un arma del imperialismo. Lo nuevo se crea tanto a partir de nuestra experiencia y nuestro trabajo creativo como a partir de lo que la propia vida está creando durante el proceso de la destrucción y ruptura del mundo imperialista. El resultado de la guerra mundial ha sido la intensificación del movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y coloniales. Las potencias mundiales empiezan a sentir que todas las costuras empiezan a romperse. Nuestro programa internacional debe introducir en el esquema de relaciones internacionales a todos los pueblos coloniales y oprimidos. [...] Otra novedad debe ser la participación de las organizaciones obreras [...]

Como resultado tendremos una propuesta atrevida y totalmente innovadora: un congreso internacional con la participación de todos los pueblos del globo terrestre sobre la base de una total igualdad, sobre la base de la declaración del derecho de la autodeterminación o del gobierno propio de todos los pueblos oprimidos, y con la participación de las organizaciones obreras (han de constituir un tercio del congreso). El congreso tendrá como objetivo no la obligación impuesta por una minoría, sino el acuerdo global... Al mismo tiempo, proponemos una reducción universal de los armamentos.

[...] El único anhelo de nuestro pueblo es vivir en la paz y amistad con las masas trabajadoras de todas las naciones»<sup>[45]</sup>.

### Las voces de los jóvenes de la Revolución de Octubre

Siguiendo el modelo de los pensadores socialistas desde Jaurès hasta Bogdánov,

45.- Citado por I. Gorojov, L. Zamiatin, I. Zemskov, *Chicherin – diplomat leninskoi shkoly*, Moscú, Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973, pp. 145-6, 95.

terminaremos este breve esbozo de algunos de los experimentos sociales, políticos y culturales de la Revolución de Octubre, dando cabida no sólo a las voces de los *polycymakers* o intelectuales del partido, sino también a los representantes de base, a los elementos democráticos de esta revolución del pensamiento, a los hijos de la Gran Revolución Rusa.

Demasiado jóvenes para poder participar en la Revolución de Octubre o en la guerra civil, estas personas (una mujer y un hombre procedentes de clases acomodadas) nunca fueron miembros del partido y se vieron profundamente afectados por la trágica época del Gran Terror. Ambos dejaron su testimonio sobre el ambiente intelectual y emocional de aquellos años, el ambiente de libertad y creatividad, el ritmo frenético de la vida, el calor de los debates sobre el porvenir, el fantástico espacio de futuro que aparecía en medio del presente real de las viejas capitales del imperio, Petrogrado y Moscú. Sus textos sobre su juventud y los sueños que los inspiraban fueron escritos décadas más tarde, en la época del conservadurismo de Brezhnev, pero ambos autores, a pesar de traumas y desilusiones, nunca renunciaron a sus ideales juveniles.

Habla Nina Gagen-Torn:

«El centro de nuestra vida universitaria era la residencia de estudiantes. Vivíamos en una comuna. [...] El *Snark* (del libro de Jack London) es una nave que nos permite viajar «sobre la tierra, bajo la tierra, sobre el agua, bajo el agua, en el aire y en el espacio». La tripulación del *Snark* es toda nuestra comuna más los amigos. [...] El ritual del viaje es el siguiente: a la habitación donde vivía Ira Varshávskaja se llevaban las sillas y se colocaban de tal manera que sus respaldos formaran el bordo de la nave. [...] La nave tenía un cuaderno con el registro de todos los viajes. Allí también se escribían los pro-



Columna de hombres y mujeres en los primeros tiempos de la revolución (foto de autoría desconocida. Fuente: yandex.ru).

yectos de los viajes del futuro. [...] El viaje se componía de dos partes. La primera era un conferencia seria sobre los temas científicos de actualidad. Por ejemplo, el físico Kuka Dorfman nos habló del principio de la relatividad de Einstein. Entonces sólo acababan de aparecer las primeras noticias sobre ello. [...] El debate sobre los principios filosóficos del descubrimiento, sobre la imagen de la estructura del átomo, duró varias horas.

Después de la presentación empezaba la segunda parte, su interpretación humorística, a veces en forma del teatro. [...] Ahora ya no recuerdo todos los temas, todos los viajes del *Snark*. Pero veo rostros jóvenes, animados, recuerdo la sensación del aire que fluía libremente, danzaba, recuerdo una ventana abierta al mundo. Parecía que el *Snark* se

elevaba ya en el aire, salía ya por la ventana y, como una silueta de luz brillante, flotaba por encima de la Catedral de San Isáak. ¡Estamos volaaaando! [...]

Después recitábamos poesías. A veces, durante las noches blancas, bajábamos a la calle cantando, marchábamos hasta la Plaza del Palacio y bailábamos allí. Cualquier otro sitio nos parecía pequeño, nos faltaba espacio. Al día siguiente seguíamos reunidos, pues estábamos empezando a discutir cómo viviría nuestra comuna, qué casa conseguiríamos para ella y cómo íbamos a distribuir las habitaciones.

En nuestros sueños, la casa de nuestra comuna sería así: la planta baja daría cabida a la biblioteca, el comedor, la cocina, el espacio de descanso y el «barrio de los niños», pues tendríamos niños y los educa-



ríamos a todos juntos. La segunda planta se dedicaría a las habitaciones individuales. Cada persona tendría su habitación. En la comuna seríamos diez o doce personas. No imaginábamos la familia como una entidad cerrada, como las del falansterio... El amor viene y se va, pero la vida no se basa en el amor, la vida se basa en la amistad y la camaradería»<sup>[46]</sup>.

Habla Alexander Gladkov:

«Moscú, a mediados de la década de 1920 [...] El TEATRO más sorprendente, irrepetible, imposible, único en el mundo [el teatro del genial director Vsévolod Meyerhold – O.N. [...] En todo ello estaba la nueva estética de nuestro tiempo, el oxígeno y el ozono que respiraba la revolución, el ritmo de los fantásticos años veinte, los años de nuestra juventud, la juventud de nuestra generación. [...] Todos conocían el nombre de Meyerhold, incluso aquéllos que nunca habían pisado su teatro. Para los hombres de la tradición, del pasado, su nombre causaba tanto espanto como la palabra ‘mandato’. [...]

Los legendarios escándalos de los románticos en los estrenos de las obras de V. Hugo parecían bromas de niños comparado con lo que pasaba en los estrenos del Teatro de Meyerhold o en los debates donde se anunciaba su presencia.

Tengo delante de mí la transcripción taquigráfica del debate sobre el espectáculo *El alba* (finales de 1920). El lápiz preciso de una taquígrafa diligentemente anotó entre paréntesis: ‘gritos increíbles’. Un poco más adelante: ‘griterío espantoso’. Después sigue una pausa en el texto con la explicación escrita en el margen: ‘El ruido y los gritos son tales que no se entienden las palabras,

todos gritan como si estuvieran a punto de pasar a las manos’.

La propia palabra ‘Meyerhold’ significaba más que la vida de un hombre, aunque este hombre existía en la realidad, comía, bebía, dormía, llevaba una chaqueta, ensayaba en su teatro abierto a todos los vientos y corrientes, salía a recibir los aplausos, participaba en los debates.

Su nombre unía a unos y desunía a otros. Era una bandera en la guerra, una contraseña, un concepto abstracto que no requería explicaciones, un tema para los debates, un blanco para las parodias y bromas; y su nombre constituía no uno, sino varios capítulos de la historia del teatro ruso. [...] Era la biografía del joven siglo, cuyo contenido principal era esperar la revolución y hacerla realidad. ‘El nombre de Meyerhold es la bandera de una eterna rebelión en el mercado del arte, y la juventud revolucionaria lleva esta bandera. La juventud marcha veloz y unida hacia su futuro, y entre sus consignas y señales también figura ésta: ¡Mey-er-hold, Sube el voltaje!’ (Serguéi Tretiákov) [...]. Todo lo que nos conmovía por su novedad; todo lo que no parecía una fácil repetición de lo viejo, todo lo que expresaba nuestro siglo, nuestros ritmos, nuestra percepción del espacio, de la factura de las cosas, todo ello nos cautivó por primera vez en su teatro: el espíritu del urbanismo, el constructivismo, los ritmos sincopados, el ‘desnudar’ de la materia, la expresividad del montaje, las luces que iluminaban desde los palcos, una nueva forma de usar la escena, una ampliación infinita de las fronteras de lo convencional en el teatro. Todo ello conquistaba, conmovía, cautivaba, se grababa en la memoria. [...] El primer grito ‘¡Mey-er-hold!’ sonó desde el gallinero, después se sumaron los del balcón. Cerca de mí corría un grupo de jóvenes entre empujones para llegar a la escena. Eran los estudiantes de la Universidad

46.– Nina Gagen-Torn, *Memoria*, Moscú, Vozvrashchenie, 2009, pp. 60-63.

o de las facultades obreras, con las cabezas despeinadas o rapadas al cero, llevando las insignias de la Internacional de Juventudes Comunistas sobre sus camisas campesinas al estilo Tolstoy o en los viejos uniformes de la guerra civil, mientras las chicas iban ataviadas con pañuelos rojos. Inclinandose sobre el balcón, aplaudían con furia jóvenes chinos cuyos rostros aparecían casi ocultos tras gruesas gafas de concha de tortuga. De la puerta por la que había aparecido Meyerhold salió corriendo un grupo de jóvenes, todos llevando los mismos trajes azules... También ellos aplaudieron, pero con un cierto semblante de superioridad, como los iniciados. Entendí que se trataba de los estudiantes del Taller Estatal Experimental de Teatro. [...] Incluso el aire del Moscú de la década de 1920 se enriquecía con el viento fresco del internacionalismo: frente al templo del Cristo Salvador (que todavía no había sido derribado) los estudiantes chinos jugaban al voleibol; en la calle Miasnínskaya toda la pared de un edificio ostentaba una enorme consigna ‘¡Manos fuera de Besarabia!’; el héroe favorito de los chicos era el negrito de sonrisa luminosa y blanca que aparecía en la película *Diablillos rojos*;

en los kioscos de prensa se formaban colas para comprar la novela de Jimmy Dollar *Mess Mend*, e incluso la escuela secundaria donde yo estudiaba llevaba el nombre de Thomas Edison [...]»<sup>[47]</sup>.

### A modo de conclusión

La realización de las ideas de la revolución del pensamiento soviético resultó ser más compleja y difícil de lo que podían imaginar sus creadores. El país era pobre, el nivel de la educación de la mayoría de la población bajo. El país tuvo que enfrentarse a la permanente amenaza de intervención militar de las potencias capitalistas, al bloqueo económico, al aislamiento, a tres terribles guerras: la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría. Muchos de los experimentos, como la colectivización, fueron muy traumáticos. La generación de la revolución fue diezmada en las guerras y duramente herida por el terror estalinista. No todas las ideas de la Revolución de Octubre se cumplieron, y ninguna se cumplió plenamente, como predijo Ustriálov. Pero no desaparecieron, porque las ideas, una vez nacidas, pertenecen a toda la humanidad.

---

47.– Alexander Gladkov, *Meyerhold*, 2 vol. Moscú, STD, 1990, pp. 5, 9, 15, 16, 17, 19.